RIGOLETTO,

Ó EL BUFON DE LA CORTE DE MANTUA.

Drama en tres actos, precedidos de un prólogo, arreglado al teatro español, tanto del libreto, como del drama francés, por D. Luis Mejias y Escassy, *representado con estraordinario éxito en varios teatros de Andalucía, el año de* 1863.

PERSONAJES.	ACTORES.
Rigoletto, *bufon*.....	D. Pedro Rodés.
Gilda, (*su hija*).....	Doña Jovita Rodés.
El Duque de Mántua.....	D. Felipe Carcajal.
El Conde de Monterone..	D. José Serna.
El Conde Ceprano.....	D. José Espinosa.
Sparafusiles.....	D. José Lozano.
Marullo.....	D. Cárlos Espinosa.
Borsa.....	D. Gaspar Galmier.
Magdalena.....	Doña Catalina Carvajal.
Angela.....	Doña Maria Francesconi.

Guardias del Duque, Damas, Caballeros, Cortesanos y Pages.

La escena es en Mántua, en el siglo XVI.

PROLOGO.

Salon de baile en el palacio Ducal. Galería al fondo iluminada. El adorno á gusto de la época. Al levantarse el telon y durante el acto, se verán cruzar por la galería, damas y caballeros de la córte; la orquesta sonará á intèrvalos.

ESCENA PRIMERA.

Borsa, Marullo, El Conde Ceprano, *Cortesanos y Caballeros que entran en la escena.*

Bor. Já, já, já!.. Nuestro buen Conde! Vaya, os han barajado los cascos de una manera...

Mar. En verdad que ha estado chistoso el lance! Habeis tenido celos de vuestra esposa...

Con. No, caballeros. La condesa es demasiado honrada, para que llegue á concebir sospechas. Pero tenedlo entendido; hay almas viles en la córte, y si por desgracia llego á verme frente á frente uno de ellos...

Bor. Eh! desechad tales ideas. Si aludís al Duque de Mántua, no hagais caso. Nuestro soberano tiene un carácter festivo; galantea á todas las damas; pero sin pasar de los límites del respeto. Dejad á un lado vuestros celos. El cortesano con ellos, es como el pajarillo, que se entrega sin cautela en la red del malicioso cazador; lo que hasta aquí no ha pasado de mera cortesanía, podria en adelante ser un empeño por parte de nuestro amo; y... tened entendido, que S. A. es un adversario temible. Por otra parte, vuestra esposa es un modelo de virtud, y no debeis abrigar temor alguno.

Con. Me parece descubrir en vuestras palabras, en vuestras maliciosas miradas, un rayo de ironía, que estoy dispuesto á castigar.

Mar. No se trata de semejante cosa, Conde; el lugar en que nos encontramos, no es el mas á propósito para un duelo.

Bor. Señores, el asunto no merece la pena de hablar de él. Veo, Conde, que os acalorais demasiado.

Con. Teneis razon; la sangre ciega mi vista, al considerar la desmoralizacion de la córte de Mántua. Por do quier no se tropieza sino con seductores, que del mismo modo profanan y escarnecen la virtud de una doncella, como atentan contra la honra de un padre ó de un esposo. Sé tambien, que esos miserables se encubren bajo la máscara de sus riquezas y poderío; y que las leyes son impotentes para castigar tan punibles abusos; hay puñales asalariados que ambicionan el oro, y traspasan á la vez los brocados y telas preciosas.

Bor. Conde, reportaos. Tened presente lo que decis; y escuchad un consejo, que debeis tener en cuenta, si os estimais á vos mismo. Si en Mántua, como decis, existen esos seres á quienes no alcanzan las leyes; si para ellos, como suponeis, existen puñales, no creo que esas alusiones puedan dirigirse á mí, cuando sabeis que llevo una espada al cinto,

que sé esgrimirla, y que no tolero impunemente que se me insulte.

MAR. Señores, reflexionad que estamos en palacio, donde las paredes oyen, y un duelo en semejante sitio...

BOR. Teneis razon; y por mi parte me tranquilizo, y pido perdon al Conde, á quien aprecio de corazon.

CON. Gracias. Acepto la paz que me ofreceis. (No obstante, viviré sobre aviso.)

MAR. Hablando de otra cosa; sabeis que el sarao está magnífico?

BOR. Encantador. La córte se halla convertida en un denso torbellino de delicias. Cuánta opulencia! Cuánta ostentacion! El Duque debe de estar muy satisfecho, con la acogida que le dispensan sus súbditos. Desde la mas encopetada aristocrácia, hasta la humilde y vulgar artesana; desde el mas opulento y apuesto caballero, hasta el despreciable y ridículo bufon, todos acuden á rendir culto á la galantería de su soberano.

MAR. El Duque es en estremo amable. A propósito; habeis reparado, señores, cuán bella se nos presenta esta noche, la marquesa de Porcelí? Todo en ella es encantador. Y el bueno del Marqués? Pobre marido!

BOR. Dicen que Orsini la obsequia, mas lo dudo; Orsini es un Narciso, enamorado de sí mismo, y la hermosura de la Marquesa, ha de tener para él, mucho de vulgar. Lo que si es cierto, que el Duque habla de ella con demasiado entusiasmo; al paso que la Marquesa se ocupa mucho de nuestro Soberano.

MAR. Y la bella Angelina, qué opinais de ella?

BOR. Esa es la cortesana desdeñosa por excelencia.

MAR. Desdeñosa decís? No creo que manifiesta serlo con el Duque.

CON. (Siempre el Duque!)

BOR. Ya sabeis, que para S. A. no hay barrera inespugnable, en tratándose de amor; además, qué belleza se muestra ingrata á rendirle culto, al fulgente resplandor de una diadema? No ois? (*suena la orquesta.*) Ha llegado el momento de bailar, no venís, Conde?

CON. Dispensadme un momento... (*vanse Borsa y Marullo.*)

ESCENA II.

El CONDE, *despues* MONTERONE.

CON. Sí, bailad, sumios en el impuro fango de esa sociedad, que pulula en el torpe centro que llamais de delicias. Acudid, como acude el leon, á devorar su presa; mañana, quizás sea tarde para vosotros.

MONT. Conde, os buscaba.

CON. Hablad; qué habeis hecho?

MONT. Aun no he podido hablarle.

CON. Insistís en vuestro propósito.

MONT. Y cómo no, si de él depende mi honor, el de mi hija, y mi venganza? No tengo mas remedio que hablar al Duque.

CON. No olvideis, Monterone, que el Duque es poderoso; que á su voz obedece esa turba de inmorales cortesanos, que no llevan otro objeto, que alimentar sus impúdicos pensamientos; que os condenarán sin oiros, y que os sepultarán en una prision, para ahogar vuestros gritos. Reflexionadlo bien.

MONT. Y quereis que deje impune la afrenta que oscurece mi frente?

CON. Dios me libre de proponeros tal cosa! Mas considerad que el Duque ha sido el seductor de vuestra hija; que ese hombre es implacable, cuando se trata de arrojarle al rostro sus impurezas. Ademas, que no teneis pruebas.

MONT. Pruebas, decís? Por desgracia las tengo; la duda podria hacerme abrigar un átomo de esperanza! Vos ignorais la historia de mi deshonra. Conde, vos no sabeis hasta qué punto, ese hombre ha humillado mis blancos cabellos.

CON. Sé que vuestra hija...

MONT. Oidme. Yo estaba ausente de la córte. Mi hija entre tanto, habitaba mi palacio de Mántua, en compañía de la anciana que la ha servido de madre desde la muerte de mi esposa. Asuntos del Estado me separaron de su lado; mandaba el Soberano, y era forzoso obedecer. Yo ignoraba que aquella comision era un lazo que se me tendia, para echar por el lodo el honor del padre. La infeliz niña, amaba con una pasion pura, angelical, y su amor era correspondido; vivia feliz! Durante mi ausencia, cometieron la imprudente debilidad de abrir las puertas de mi palacio á su seductor, y con él pasaba las primeras horas de la velada, en presencia de su guardiana. Una de ellas, cuando iba á retirarse á su aposento, cuando el hombre á quien amaba se habia ausentado, sintió pasos cerca de sí. Infeliz criatura! El miedo la sobrecogió por un instante; pero despues de cerciorarse de que aquel rumor lo producia los pasos de un hombre, exhaló un grito de terror, y quiso demandar socorro; pero sus ayes fueron ahogados, porque el miedo la hizo perder el sentido. A sus voces, acudió la anciana, que velaba todavía, y con asombro observó que la pobre niña no estaba sola. Un hombre habia á su lado, y este hombre era el Duque de Mántua, que aprovechando mi ausencia, inundaba de desconsuelo, pisaba la virtud de una hija cariñosa, deshonrando á su anciano padre. En vano la anciana quiso pedir auxilio; en vano fué increparlo por lo alevoso de su proceder, una mano poderosa selló sus labios, y la separó de aquel sitio. Cuando mi hija volvió en sí de su letargo, no encontró nadie á su lado; estaba sola; sola y deshonrada! A mi regreso, la infeliz anciana habia desaparecido, y la pobre niña lloraba su desventura.

CON. Infame!

MONT. En la cámara de la anciana, encontré una carta, escrita por ella, en que me daba cuenta de este suceso, en los términos que acabo de referiros.

CON. No obstante, eso no es suficiente para probar que el duque...

MONT. (*sacándola.*) Creeis que lo sea esta daga, encontrada en la habitacion de mi hija? Ved, son sus armas... las de su infame seductor. Despues, ya sabeis lo demás; sabeis que mi desgraciada hija, anegada en llanto, aterrada por su deshonra, no pudo soportar la vida; y apoderándose de su ser una fiebre devoradora, enloqueció su cerebro, y la arrancó la vida. Y creeis que no debo vengarme? Oh! solo una atroz venganza puede aplacar la sed de sangre que atormenta mi corazon.

CON. Qué pensais hacer?

MONT. Y me lo preguntais? Matarle! Quiero provocarle á un duelo... herirle...

CON. No lo aceptará. Su orgullo no le permite aceptar un desafío.

MONT. Su orgullo!
CON. Teneis otro medio. (*con misterio.*)
MONT. Ninguno. Sin su sangre, nada me parece posible.
CON. No obstante, su muerte...
MONT. Qué quereis decir?
CON. Quiero decir, que hay puñales...
MONT. Nunca! Yo asesino? Jamás!
CON. Ved, que ha asesinado vuestra honra.
MONT. A pesar de todo, quiero encontrarme frente á frente con él, gozarme en su agonía...
CON. Es jóven y vos anciano. Lucha con la suerte, y vos con el infortunio.
MONT. Y la justicia divina?
CON. Esa luego se hará sentir; en la tierra, el poderoso vence al humilde. Venid, que viene gente; huyamos de este sitio. (*vanse.*)

ESCENA III.

RIGOLETTO, *en trage de bufon.*

RIG. Já, já, já! Sí reios de mí; tambien yo me rio de vosotros. Vuestra hermosura, vuestro perfecto rostro, me inspira compasion. Dios es justo, y sin embargo, me ha arrojado al mundo!.. Para qué? Para escarnio, para desprecio de mis semejantes. Por qué al nacer, no corregísteis mis imperfecciones, ó me entregásteis al mullido lecho de los ángeles? Mísera ilusion, que pasa veloz por mi enloquecidamente, y atormenta mi angustiado corazon! Y á esto llaman vivir! Condenado á ser el ludibrio, el escarnio de esa sociedad, que me desprecia, si no la divierten mis chistes, ó se hastía con ellos; que me provoca, cuando apurando la amargura que rebosa de mi pecho, tan sensible como el suyo, les dirijo con gracia, cuanta hiel atesoro en mi corazon; sin poder comunicar á nadie mi dolor, porque el mundo no comprende que sufran los bufones. Oh! si lo comprendiesen, entonces se mofarian de ellos, y su sarcasmo repetiria una y mil veces: «Cómo, el bufon, el risible payaso sufre tambien? El, que ha nacido para hacernos reir? Su raquítica y corcobada figura, no puede alimentar un puro deseo, porque Dios le ha considerado indigno de él.» Miserables! Y he de reir ante su faz, divertirlos, y ahogar los latidos de mi corazon! Mísero de mi, tal es mi vida! Pero, Dios mio! perdonadme, soy injusto contigo! Tú, que asi me criaste, has dado á mi alma, has puesto junto á mí á un ángel consolador, que dulcifica mis tormentos. Quiero vivir para ese ángel; para vivir, necesito ser bufon. Já, já, já! Rie, rie, Rigoletto, porque si sorprendiesen en tus ojos el surco de una lágrima, perderías la gracia de tu señor. Vedle ahí, rodeado de sus aduladores!... Já, já, já! (*Rigoletto ve llegar al Duque y á Borsa, á quien saluda de una manera ridícula, hasta producir la hilaridad. Vase.*)

ESCENA IV.

EL DUQUE *y* BORSA.

BOR. Já, já, já! El buen Rigoletto. Já, já! Sabeis, señor, que vuestro bufon, es un bufon digno del Duque de Mántua? Nunca le falta un chiste para vos, ni un epígrama para el receloso cortesano.
DUQ. En efecto, es cuanto puede apetecerse. Rigoletto, despues de ser mi bufon, es el mejor de mis servidores, cuando se trata de aventuras y galanteos. Por su boca hablo á mi córte, cuando la mia no debe dirigirle la palabra. Si la hija de uno de mis vasallos sucumbe víctima de mis calaveradas, Rigoletto se encarga de dirigir un chiste al padre agraviado, que le haga comprender lo funesto que le seria intentar contra mí una ruin venganza. Si la esposa, obcecada por un amor impuro, rinde su corazon á mi deseo, ninguno mas elocuente que mi bufon para advertir al esposo, que no dé un solo paso en favor de su honra, porque le costaria la vida. En fin, Rigoletto es para mi un ser tan apreciable y necesario, que sino fuera mi bufon, le llamaría mi amigo.
BOR. Decis bien, señor; es vuestro instrumento de perfeccion y debeis conservarlo, porque difícilmente encontraríais otro, que os sepa comprender como él. El conde Ceprano le odia, porque le califica de marido ridículo; haciéndole entender, que si se obstina en seguir la senda que ha emprendido, llegará á poner en peligro su cabeza. Ya veis que una prevencion de esta especie, hará vacilar al bueno del Conde, si es que llega á sospechar, que no os es indiferente la hermosura de su esposa.
DUQ. Y sabeis que la tal Condesa, es un modelo de virtud! Aun no he podido obtener de su boca una sonrisa.
BOR. Es decir, que pensais tomar la plaza por asalto?
DUQ. Todavía no. La que ahora me preocupa, la que me inquieta, es otra mujer; un ser ideal que trastorna mi cerebro, que lo enloquece.
BOR. Cuál, señor? Si no es un secreto...
DUQ. No, escucha. Hace algunos dias que disfrazado, como de costumbre, ví una bellisíma jóven, humilde, candorosa, de ojos negros, brillantes cual el azabache, de mirar dulce, y cabellera de ébano; que aunque modestamente vestida, su aspecto era tan noble como gallardo. Una tiernísima mirada se destelló de aquellos dos ástros de luz vivísima, y por primera vez en mi vida, mi corazon se sintió poseido de amor; de amor puro, jamás por él sentido. Seguí sus pasos, y averigué el lugar que la presta asilo. Cada vez que me lanzo en pos de nocturnas aventuras, una fuerza sobrenatural me arrastra hasta ella.
BOR. Pero la habeis hablado? La habeis confesado vuestro amor?
DUQ. No me ha sido posible. Jamás la veo sola, y su anciana guardiana es una barrera insuperable...
BOR. Sin embargo, ya sabeis que esas barreras, se taladran con el irresistible talisman que llamamos oro.
DUQ. No lo dudo; pero no sé por qué, aun no me he atrevido á usar de ese recurso. He rondado su casa á deshoras de la noche, con el fin de cerciorarme en qué estado se encuentra el terreno, y nunca he podido descubrir... Pero he observado, que un encubierto se introduce en su morada furtivamente, y despues de permanecer algunos instantes en ella, vuelve á salir.
BOR. Eso demuestra, que teneis un rival.
DUQ. No puede ser, Borsa; aquella encantadora niña, todo puede tenerlo, menos un amante á quien dé entrada en su casa secretamente.
BOR. No decís que todas las noches la visita un hombre, con la misma cautela que pudiera hacerlo un bandido?
DUQ. Y eso, qué prueba? Tal vez puede ser su padre.
BOR. Veo que os hace muy confiado vuestro amor!...

720261

Duq. Y crees que no lo inspira su hermosura? Además, que he descubierto en las miradas de esa jóven, que no esquiva las mias.
Bor. Y dónde habita ese tesoro?
Duq. En una casa de humilde aspecto, próxima al palacio del Conde Ceprano.
Bor. (Qué idea! Si fuera!...)
Duq. Qué estás pensando?
Bor. Nada, señor; que debeis tomar esa plaza, aun cuando para conseguirlo, tengais que vencer los mayores inconvenientes.
Duq. Si, ya estoy resuelto; ó esa mujer se me rinde, ó preveo que ha de causar mi desgracia.
Bor. Estais tan enamorado?
Duq. Tanto, que este amor se vá volviendo en empeño.
Bor. Os olvidais que la Condesa vive al lado de esa desconocida, y que si descubre vuestra aventura...
Duq. Qué me importa?
Bor. Es que un instinto de celos, puede arrostrar un medio de venganza.
Duq. Tienes razon; debemos preveer un percance. Busquemos un medio...
Bor. Creo haberlo encontrado.
Duq. Cuál!
Bor. No es oportuno que hablemos de eso ahora; mas tarde... Las paredes de los palacios tienen oidos...
Duq. Dices bien; sigilo, sobre todo.
Bor. Confiad en mi discrecion.
Duq. A Dios, pues.
Bor. Vais en busca de la Condesa?
Duq. Quién sabe?
Bor. Ya sabeis que el marido sospecha...
Duq. Será necesario darle otro nuevo aviso, por medio de mi bufon. A Dios.
Bor. Id con él, señor. (*vase el duque.*)

ESCENA V.

Borsa, *solo.*

Si, no cabe duda; una jóven de apariencias humildes, que habita cerca del palacio del Conde. Un hombre encubierto, que entra en su casa todas las noches. El debe ser! Ah! bufon infernal! Te juro que vas á pagar bien caro el escarnio que haces de los cortesanos del Duque de Mántua. Vas á convertir en llanto la sarcástica sonrisa con que animas tu mísera existencia! Tienes una amante, que á pesar de tu ridículo aspecto, abre sus puertas, te recibe en sus brazos, te vende su amor, en cambio del oro que adquieres á fuerza de nuestras maldiciones. Yo te pondré frente á frente un rival poderoso, invencible.

ESCENA VI.

El mismo, Marullo, *el* Conde Ceprano, Rigoletto, *Cortesanos de ambos sexos.*

Mar. Está visto, Conde; Rigoletto se ha propuesto apurar vuestra paciencia.
Bor. Qué, señores, dejais de ese modo la fiesta?
Mar. Culpad, amigo Borsa, á nuestro bufon, que ha dado en la manía de amenazar, aun cuando indirectamente, al Conde.
Rig. Amenazar! Llamais amenazas á mis inofensivas bromas? Y por qué es todo eso? Porque auguro al Conde, de que siendo su esposa muy bella, ahora que se presenta en la córte, no han de faltarla poderosos admiradores?
Con. (No sé como me contengo!)
Bor. Rigoletto tiene razon; ese no es un motivo para impacientarse. Además, es harto despreciable un bufon, para que se tomen en cuenta sus palabras, las mas veces, hijas de su escesiva estupidez.
Rig. (Siempre el desprecio!) Es verdad; no debeis hacer caso; mis palabras son tan ridículas como mi figura. Y sino, vais á ver cómo el ilustre Borsa, el favorito de mi amo; no se ofende porque le diga, que tambien él posee una hermana lindísima, y que en tanto que el hermano auxilia los galanteos de su señor, su casa es visitada por un galan...
Bor. Miserable! (*queriendo arrojarse á él.*)
Rig. No, no os enfadeis! En los labios de un noble, esto seria un insulto; pero en boca de un bufon.. Quién toma en cuenta las palabras del bufon?
Bor. (Yo pondré una mordaza en tu boca, mal que te pese!)
Rig. Podria afectaros, á vos, (*por Marullo.*) cortesano ilustre, oir de boca de Rigoletto, del payaso del Duque, que el antiguo é ilustre apellido de los Marullos, se encuentra oscurecido, porque siendo un humilde pechero el que hoy lo lleva, y poseyendo una esposa que admitia obsequios de un alto personage...
Mar. Insensato!
Rig. Já, já, já! Os alterais? Recordad que es Rigoletto quien habla; el bufon, que fragua en su mente novelas de mal género, para que vosotros, hastiados del festin, mateis el tiempo con loco regocijo. Já, já, já! Vosotros no os podeis ofender, aun cuando yo os apostrofe. Reios del miserable jorobado, del ridículo payaso. (El tambien se reirá de vosotros.)
Bor. Tiene razon Rigoletto; hoy está de chispa. Já, já, já!
Rig. Já, já, já! Veis como gozais? Yo tambien gozo... y me rio como vosotros, y como vosotros... já, já, já! (Sufro las amarguras de mi corazon.) Já, já, ja! (*vase.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos Rigoletto.

Bor. Señores, ya lo vísteis; esto es intolerable... Ese hombre es nuestro azote; nos insulta, y no podemos castigarle, porque es el miserable bufon de un soberano corrompido. Pero es necesario la venganza.
Con. Sí, venganza! Mi honor está vendido por ese miserable; yo me vengaré.
Bor. Pues bien, señores, unámonos. La ocasion es propicia, y yo tengo un medio.
Con. Hablad.
Bor. Rigoletto tiene una querida.
Con. El una querida!
Mar. Os mofais?
Con. Vamos, vos quereis burlaros?
Bor. Os lo aseguro por mi honor. Yo lo he descubierto. Todas las noches entra cauteloso en una casa, donde habita una jóven hermosa.
Con. Y creeis que esa jóven sea?...
Bor. Su dama.
Con. Pero, cómo vengarnos?
Bor. Ya he dicho que la ocasion es propicia.
Con. Pero bien....
Bor. Robemos á Rigoletto su querida.

CON. Pero cuándo?
BOR. Mañana, hoy mismo.
CON. Sí, hoy mismo. Que ella pague el daño que él nos hizo.
BOR. Es necesario tengais presente, que esa mujer debe ser entregada á un alto personage.
CON. A quién?
BOR. Al Duque.
CON. No os comprendo.
BOR. El Duque me ha confesado que la ama, y su amor nos favorece.
MAR. Sabe que el bufon es su rival?
BOR. Lo ignora, y no conviene que por ahora lo descubra. Lo único que sabe es, que un hombre la visita todas las noches; pero no sospecha que ese hombre sea un amante; la cree un ángel, y ha obtenido de ella miradas de señalado favor.
CON. Y cómo habeis descubierto?...
BOR. Eso no es del caso. Lo que importa es, vengarnos de ese hombre.
MAR. Decis bien.
BOR. Os advierto, que el Duque debe ignorar nuestro proyecto.
MAR. Silencio. Alguien viene.
BOR. Es Monterone.
CON. Y el Duque. (Dios mio, que habrá sucedido?)

ESCENA VIII.

Los mismos, el DUQUE, MONTERONE *y* RIGOLETTO.

DUQ. Es en vano que me sigais, Conde; ya os he dicho, que no puedo escucharos.
MONT. Eso es una infamia!
RIG. Señor, ved que os insulta. (Tú tambien me has despreciado; sufre ahora los rigores de tu infortunio!)
DUQ. Perdono su insolencia; está demente.
RIG. Sí; teneis razon, está loco!
MONT. Loco! Pues bien, si estoy demente, oidme, oidme todos. Yo tenia una hija, una vírgen, y vos la habeis deshonrado. He jurado vengarme de vos, y vengo á cumplirlo.
DUQ. Guardias! A mí! Prended á ese hombre. (*Salen los Guardias, desarman y se apoderan de Monterone.*)
RIG. Sí, prendedle...
MONT. Miserables! La justicia del cielo castigará vuestro delito, ya que la de la tierra se vé hollada por vosotros. La voz de un anciano, de un padre deshonrado, herirá vuestros oidos, y Dios se encargará de vindicar mi honra.
DUQ. Qué os detiene? Llevadle.
MONT. Sí, llevadme; conducid á este desgraciado á quien vos llamais loco, donde no pueda levantar su voz para acusaros. Tal es vuestra villana condicion!
CON. (Oh! No hay justicia en la tierra! Pobre Conde!)
DUQ. Llevadlo, y agradeced á que me causa lástima vuestra demencia. Pobre Conde! ha perdido el juicio!
RIG. Está loco!
DUQ. Encerradle. (*Yéndose.*)
MONT. Pues bien; puesto que no quereis escucharme, que quereis quede impune vuestro delito, á Dios dareis cuenta de él. Y tú, miserable bufon, tú que con tus sarcasmos arrastras por el lodo la honra de un anciano, maldito seas!

(Dice las últimas palabras en tono aterrador. Los circunsantes retroceden horrorizados. El Duque ha desaparecido, y Rigoletto que iba á marcharse con él, al escuchar las palabras de Monterone, se detiene tambien horrorizado. Los Guardias se llevan al Conde y la escena permanece muda un momento. Rigoletto sale de su éxtasis, y esclama con pavor.)

RIG. Cielos! Es padre, y me maldice!... Y yo... oh! Maldicion! (*se deja caer en un sillon.*)

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Estremidad desierta de un camino ó calle sin salida. A la izquierda del espectador, una casa de mediana apariencia con un pequeño patio con cerca. En el patio, hácia el fondo, una escalera que dá paso á un terrado practicable, sostenido por arcos. A la derecha otro terrado, y un ángulo del palacio de Ceprano. Una profunda oscuridad reina en la escena.

ESCENA PRIMERA.

Por el fondo aparecen ANGELA, *cubierta con un manto, y tras ella, á su alcance, el* DUQUE *en trage de plebeyo, embozado hasta los ojos.*

DUQ. No quereis escucharme?
ANG. Dejadme, buen hombre.
DUQ. Es que tengo que deciros.
ANG. Y yo no puedo detenerme. Mi ama me espera, y ya es tarde.
DUQ. Ved que es de ella, de quien os quiero hablar.
ANG. De ella? Sereis acaso el jóven que hace algunos dias nos sigue los pasos?
DUQ. Muy agradable debe seros, cuando asi lo teneis en la memoria.
ANG. Quizás no lo sea tanto para mí, como para la dama á quien acompaño.
DUQ. Veo que al fin nos entenderemos.
ANG. Y bien, qué quereis de mí?
DUQ. Puesto que no soy desagradable, segun decis, á los ojos de vuestra señora, deseo que me presteis un gran servicio.
ANG. Cuál?
DUQ. Que me introduzcais cautelosamente en su casa.
ANG. Jesus! Es imposible! La persona que manda en la casa, confia la virtud de esa niña á mi cuidado, y no puedo...
DUQ. Es preciso.
ANG. Para qué quereis entrar en ella?
DUQ. Porque amo á esa jóven.
ANG. En cuanto á eso, hace tiempo lo he sospechado.
DUQ. Sois una guardiana muy discreta.
ANG. Y vos un enamorado muy atrevido.
DUQ. Por qué?
ANG. Porque á las primeras de cambio, quereis introduciros en esa casa, sin poneros de acuerdo con la dueña de ella.
DUQ. No lo creo necesario, y mucho menos cuando segun acabais de decirme, ella corresponde á mi amor; asi pues...
ANG. Ya os he dicho que es imposible. Además, que si mi señor lo supiera...
DUQ. Justamente de eso se trata; de que no lo sepa.
ANG. Es que viene todas las noches, y ya no debe tardar; no quiero que me sorprendan, y entonces...
DUQ. En vos consiste que no nos sorprenda.
ANG. No os comprendo.
DUQ. Yo creo que lo comprendeis demasiado.
ANG. Cómo!
DUQ. Entraré en la casa esta noche?
ANG. Ya os he dicho que es imposible.

Duq. Mirad que soy rico.
Ang. Y eso, qué?...
Duq. Que tengo por lo pronto, este bolsillo para vos.
Ang. De modo, que si os empeñais en ello...
Duq. Ya lo veis.
Ang. Tanto podeis insistir...
Duq. Tomad. (*le dá un bolsillo.*)
Ang. Pues bien, entrareis.
Duq. Pero esta noche.
Ang. Esta noche.
Duq. Cómo?
Ang. Dentro de media hora, os pondreis en acecho. Vereis salir un hombre, tras el cual yo cerraré la puerta.
Duq. Si la cerrais...
Ang. Es que no la cerraré.
Duq. Ya.
Ang. Mi señora permanecerá en el patio.
Duq. Yo entraré...
Ang. Y hablareis con ella en mi presencia.
Duq. Eso no es posible!
Ang. Cómo! Pensais?...
Duq. No; pero los enamorados no gustan de testigos...
Ang. Es que á mí no me consta...
Duq. Ya os he dicho que soy rico.
Ang. Teneis unas cosas...
Duq. Conque... á solas?
Ang. Como querais.
Duq. Dentro de media hora. Luego que salga un hombre.
Ang. Habeis comprendido bien.
Duq. Y ese hombre?...
Ang. Es un secreto.
Duq. Y no se vende?
Ang. En cuanto á eso...
Duq. Será un amante?...
Ang. Tal vez no.
Duq. Entonces...
Ang. Podria ser su padre.
Duq. Mirad, lo siento!
Ang. Cómo! Sentis que no sea un amante?
Duq. Sí; porque un rival incauto, es menos temible que un padre astuto. Conque hasta dentro de media hora.
Ang. Id con Dios.
Duq. Sobre todo, silencio...
Ang. Me conviene ser muda.
Duq. Yo no seré menos pródigo.
Ang. Gracias.
Duq. Adios. (*Vase por la derecha. Angela abre con llave la puerta de la casa que está en la izquierda y entra en el patio. Gilda sale.*)

ESCENA II.

Gilda y Angela.

Gil. Y bien, le has visto?
Ang. Si señora; rondaba la calle!
Gil. Has hablado con él?
Ang. No señora.
Gil. Es estraño. Si vieras cuánto le amo! Desde el primer dia en que le ví, no sé que poder secreto me inclina á él. Es tan galan! Y luego, tiene un aspecto tan humilde!...
Ang. Debe ser muy rico!
Gil. Al contrario, se me figura de pobre cuna...
Ang. (No; pues los pobres no dan estos bolsillos..) Sí; eso quise decir...
Gil. Crees tú que hago traicion á mi padre con este amor?
Ang. De ningun modo; puesto que como decis, es un amor puro...
Gil. Y qué otra cosa pudiera ser? No, Angela; en mi corazon no puede arraigarse ninguna pasion, indigna de mi honra; primero ocultarla en lo mas recóndito de mi pecho.
Ang. Teneis razon, y debeis estar prevenida...
Gil. No te entiendo.
Ang. Quiero decir, que en la Córte de Mántua, mientras que el Duque nuestro soberano ocupa el poder, los nobles, pervertidos con su ejemplo...
Gil. Oh! ese Duque debe ser un hombre infernal. Me has contado de él tantas cosas...
Ang. Y aun mas os pudiera decir. Es un seductor, un impío. Verdad es, que es tan hermoso, tan galan!..
Gil. Quisiera conocerlo.
Ang. Nada mas fácil.
Gil. Sí, pero no para mí. Hace tres meses que me encuentro en Mántua, y en este tiempo no ha consentido mi padre que visite la poblacion; únicamente me permite asistir al vecino templo, prohibido lo cual, no hubiera podido conocer á mi incógnito amante. No sé el por qué de este misterio. Mi padre no me ha querido revelar nunca la causa de su infortunio, y sin embargo, debe ser desgraciado. No descubres en su semblante, en sus palabras, algo que indique sus padecimientos?
Ang. En efecto, debe sufrir.
Gil. Luego, este misterio; no vive conmigo; solo viene á verme todas las noches, y para eso permanece tan poco tiempo á mi lado!... Cuando me dispongo á dirigirle alguna súplica, á pedirle que me acompañe, le escucho pavoroso prorumpir: «no salgas, hija mia; vive oculta en tu morada. Mántua es un lago de impureza, donde ni la virtud de la mujer, ni el honor del hombre, se respetan. Si tú fueras víctima del vicio que domina á los seres que habitan en este suelo, tu padre moriria, y tú tambien!» Creeme; sus palabras han despertado mi curiosidad.
Ang. Es natural. Pero esta noche tarda mas que de ordinario; han sonado las nueve hace ya rato en el reloj de la iglesia inmediata.
Gil. Tienes razon; sus deberes le habrán impedido... todo en él es misterio; hasta su profesion. Solo sé que vivo en esta casa; que nada me escasea de cuanto mi deseo apetece, y que me llama su hija. Lo demás, es un arcano para mí. (*abre la puerta de la calle y observa.*) Nada; no se escuchan sus pasos; vámonos, le esperaremos adentro. Estoy inquieta, y no sé que vago temor me impulsa á preveer una desgracia. Desde que amo á ese hombre, no creo ser la misma que antes.
Ang. No penseis de ese modo; señorita, amad á ese mancebo, porque le creo digno de vuestro amor. (*vanse.*) *Rigoletto aparece en el fondo, cubierto con una larga capa. Llega á la puerta de la casa, observa por el agujero de la llave: mira á todas partes, y cerciorado de que nadie le vé, va á entrar. Vuelve de nuevo la vista y descubre á Sparafusiles que se va acercando á él.*)

ESCENA III.

Rigoletto y Sparafusiles.

Rig. Un importuno! Esperaremos á que pase. Si me espiará? No; imposible! Todos ignoran... Se acerca hácia mí!.. Quién vá?

SPA. Preguntad mas bien, quién viene; porque yo vengo.
RIG. Como gusteis! (*con enfado.*)
SPA. Sabeis que sois amable, amigo mio?
RIG. Y vos un majadero.
SPA. Lo que me prueba mas y mas vuestra amabilidad, puesto que me dejais acercar.
RIG. (Si será un ladron!) Atrás.
SPA. Bá, ba, ba, no os pongais en guardia, que no soy lo que habeis pensado.
RIG. Entonces...
SPA. Tengo que hablaros.
RIG. Sabeis quién soy?
SPA. Lo sospecho.
RIG. Acabad.
SPA. Sé que teneis enemigos.
RIG. Y á vos, qué os importa?
SPA. Es que puedo libraros de ellos.
RIG. Cómo! Vos?
SPA. Sí; parece que ya no me temeis?
RIG. Hablad mas bajo. Quién sois?
SPA. Soy lo que vos querais; ó mejor dicho, no soy nada, y para vos puedo serlo todo.
RIG. Acabad.
SPA. Mirad mi cara.
RIG. En la oscuridad solo veo un rostro...
SPA. De demonio; gracias. Pues la oscuridad no ha mentido. Mi cara y este reluciente instrumento que me acompaña (*mostrando una daga*) os pueden esplicar mi profesion.
RIG. Eres un ladron?
SPA. Soy algo mas.
RIG. Qué!
SPA. Hablemos claro. Yo os conozco, porque si no os conociera, no os habiera seguido hasta poder hablaros en sitio seguro. Sé que os estorvan algunos hombres; que estos hombres son poderosos, y yo puedo hacerlos desaparecer.
RIG. De qué modo?
SPA. Habeis olvidado?.. (*enseña la daga.*)
RIG. Eso es infame!
SPA. Lo comprendo; pero aun siendo asi, es el único medio de que os podeis valer.
RIG. Esplicaos.
SPA. Sé quién sois...
RIG. Pues bien, sí, tengo enemigos.
SPA. Lo he visto pintado en vuestro rostro.
RIG. En este momento, tampoco puedo asegurar que los tengo; pero pudiera suceder... Qué quereis de mí?
SPA. Que me tengais presente cuando llegue el caso.
RIG. Y cómo?
SPA. Mediante una cantidad...
RIG. No es eso. Cómo habeis sospechado?..
SPA. Ya os he dicho que vuestro semblante...
RIG. Eso no es posible.
SPA. Pues bien, sabedlo, me encuentro dispuesto á libraros de un rival.
RIG. De un rival! Yo no tengo rivales.
SPA. Pero teneis una amada, y vive en esa casa.
RIG. (Qué idea! Si sabrá? Oh! yo me valdré de este hombre.)
SPA. Qué resolveis?
RIG. Que me sereis útil, si llega la ocasion.
SPA. Corriente.
RIG. Dónde os podré ver?
SPA. Los hombres de mi profesion son como los perros, que husmean su presa.
RIG. Tanto mejor. Ahora dejadme.
SPA. Quedad en paz. (Este negocio empieza bien; el bufon tendrá buena paga, y yo haré mi negocio.)

ESCENA IV.

RIGOLETTO *solo.*

Un rival! Y este hombre se atraviesa en mi camino! Imposible! Mi hija no puede amar á nadie. Nadie la ha visto. Solo ha concurrido al templo, y eso de pocos dias á esta parte. Sin embargo, no sé por qué el corazon me late con violencia. (*vuelve á observar por el hueco de la llave.*) No está en el patio. Qué temo? Oh! esto no es vivir! La ansiedad, el misterio es para mí un suplicio; yo padezco ambos males. (*pausa.*) El Conde me maldijo! Y bien? La maldicion de un hombre lanzada sobre la frente del bufon, qué significa? Es padre como yo; su hija fue deshonrada... y la mia... oh! no, Dios mio! Tú no querrás hacerme mas desgraciado. «Maldito seas!» me dijo, y yo que he escuchado mil amenazas, yo que he visto mil veces la muerte cerca de mí, que jamás he conocido el miedo, temblé al escuchar aquella voz, lanzada por un corazon despedazado; desde entonces todo me aterra, todo me intimida... Pero en vano mi temor! Mi hija es pura, inocente, y su padre vela por ella. Entremos. (*Abre con llave y penetra en el patio. Vuelve á cerrar, y luego se dirige á la puerta de la izquierda; llama, y á su voz acuden Gilda y Angela.*)

ESCENA V.

RIGOLETTO, GILDA, ANGELA.

RIG. Gilda, Angela? (*llamando.*)
GIL. Con cuanto afan os esperaba, padre mio! (*Le tiende los brazos. Rigoletto despues de abrazarla le dá un beso en la frente.*)
RIG. Por qué? Gilda amada.
GIL. Es tan tarde...
RIG. Respira, hija mia: creeis que otra causa...
GIL. Ninguna causa me inquieta, mas que el no estar siempre á vuestro lado. Encuentro tanta dulzura con vuestra compañía, que sin ella no puedo vivir tranquila. Por qué no vivís conmigo?
RIG. Ya te he dicho, hija mia, que eso es imposible. Los deberes que me separan de tí, no me lo permiten. Además: no vengo á verte todas las noches? No paso á tu lado los únicos momentos que tengo de descanso?
GIL. Pero al menos, decidme por qué tanto misterio; os lo he preguntado muchas veces, y no he podido conseguir que me lo espliqueis.
RIG. No insistas en quererlo saber. Respeta el secreto de tu padre, y no intentes sorprenderlo; porque hay males que desgarran el corazon. Vive tranquila, hija mia. Aquí, lejos del mundo, las asechanzas no te alcanzarán. Si algun dia llegases á ser descubierta, tendrias que separarte de mi lado, y entonces, quién sabe lo que sería de tu suerte, y de la de tu pobre padre?
GIL. Al menos, que yo os vea contento. Siempre que hablais conmigo, dejais entrever en vuestras palabras, una amargura, que sumerje mi corazon en el mas profundo encogimiento.
RIG. Sí, yo soy feliz! ¿Has podido imaginar lo contrario? ¿Crees que el padre que tiene una hija como tú, puede ser desgraciado? De ningun modo; resig-

nate á tu suerte. Si algun dia, un tiempo mas feliz se presentase para nosotros, nos apartaremos lejos, muy lejos de estos sitios, y entonces viviremos juntos, para no separarnos jamás. Entonces gozarás de esa libertad de que ahora careces. Entre tanto, resignacion, y hazlo por el cariño que profesas á tu padre. ¿Me amas, hija mia?

GIL. Sí, os amo, sobre todo lo que hay en la tierra.

RIG. ¿No me engañas, Gilda? No hay en el mundo otro ser, á quien cedas parte de ese cariño? Vamos, sé franca conmigo.

GIL. (Dios mio!) Señor, solo á vos amo; nunca he conocido otro ser, que merezca mi cariño. Ni aun á mi madre!

RIG. Si ella viviese, seria para nosotros mas lisongera la vida. Pero respetemos su memoria, y confíame tus deseos. ¿Si un hombre osára llegar hasta tí, y te ofreciese su amor... Si creyeses que ese hombre era digno de ser correspondido...

GIL. (Oh! no debo confiarle todavía.)

RIG. ¿Si ese hombre te brindára con un porvenir lleno de flores, le rendirias tu corazon?

GIL. Nunca, padre mio.

RIG. (¡Respiro!)

GIL. Mi amor es solo para vos.

RIG. Bien, hija mia; deja que estampe en tu frente, el beso paternal que me arranca esa promesa; porque has de saber, que es tanto mi amor hácia tí, que si sospechase que compartias con otro el cariño que me profesas, los celos devorarian mi corazon, y me matarian.—Es ya tarde, y no puedo detenerme.

GIL. Os marchais? (*El Duque encubierto con su capa, aparece en escena y se pone á escuchar junto á la puerta de la casa de Gilda: luego retrocede y se vá á ocultar en la oscuridad, segun lo marca el diálogo.*)

ESCENA VI.

Los mismos, y el DUQUE.

DUQ. (Esa voz? Esperemos.)

RIG. Sí, esta noche no puedo permanecer por mas tiempo.

GIL. Siempre decis lo mismo.

RIG. Angela, escucha. Te he confiado mi hija; es el único tesoro que poseo en el mundo; vela por ella, y mi gratitud...

ANG. Id tranquilo, señor.

RIG. Ven, cierra la puerta.

DUQ. (Ese ruido...)

RIG. Abrázame, hija mia. (*Abraza á su hija. Entre tanto Angela ha abierto la puerta. El Duque al notarlo, se aparta lejos, donde no pueda ser visto por Rigoletto.*)

GIL. Hasta mañana, padre mio.

RIG. A Dios.

GIL. El os acompañe y os proteja. (*Rigoletto se envuelve con su capa y sale del patio. Angela hace la accion de cerrar la puerta.*)

ANG. Venid, señora. Tomad una luz, si pensais recojeros. (Estoy temblando.)

GIL. Sí; ya es tarde. (*Las dos entran por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VII.

RIGOLETTO *y el* DUQUE.

RIG. No ama á nadie. Ese bandido ha querido aterrarme con sus preságios. Mísero de mí, que un momento hube dudado de mi hija! Habrá mentido? Imposible! De todos modos, bueno es desconfiar. Volveré para cerciorarme. (*El Duque, al verlo partir, se aproxima á la puerta de la casa de Gilda, la cual cede á su empuje: entra en el patio, lo reconoce: cierra la puerta por donde ha entrado, y espera.*)

DUQ. No me engañó esa mujer. Al fin será mia! (*Gilda aparece con una luz en la mano, la cual coloca en el suelo mientras cierra la puerta por donde ha salido. Al volverse á la escena, repara en el Duque que le ha salido al encuentro.*)

ESCENA VIII.

EL DUQUE *y* GILDA.

GIL. Cielos. ¡Un hombre aquí!

DUQ. Sí, angel de amor. Un hombre que viene á arrojarse á tus pies para decirte, yo te amo.

GIL. Salid, caballero; salid inmediatamente, ó gritaré! Angela! Ah! esta puerta la han cerrado por dentro. Dios mio! Es una traicion.

DUQ. Serenaos, señora; no se trata aquí de traiciones; el hombre que teneis á vuestros pies, no es un bandido que viene á robaros el honor; es un amante apasionado. Miradme bien; comprended el fuego que me devora, y acaso, si reflexionais, no os ofenderá mi presencia.

GIL. Caballero, vuestra presencia en este sitio, no puede menos de ofenderme.

DUQ. Ah! por favor; miradme á vuestros pies. No me conoceis? Soy el que por espacio de muchos dias os ha acechado, que os ha seguido, y he espresado con mis ojos todo cuanto sentia mi corazon; por vos, que sois mi ángel seductor, que sois mi ventura, que podeis ser mi felicidad, amándome como yo os amo.

GIL. Sereis vos acaso?.. Pero cómo habeis llegado hasta aqui? Cómo os habeis atrevido á entrar?..

DUQ. Calmad vuestra inquietud, señora, ó mejor dicho, amor mio; porque tú eres mi amor. Al mirar tu emocion, tu rubor, debo adivinar que me amas, que puedo llamarme afortunado, porque mis ilusiones son una verdad.

GIL. Pues bien; oidlo; yo tambien os amo. Os habia visto muchas veces, y no puedo negaros, que una causa oculta, sobrenatural, me inclina hácia vos. Pero el deber me impone rechazaros, y si es verdad que me amais, dadme una prueba de ello, saliendo de esta casa. Si nos sorprendieran, mi honor peligraba, y mi honor es el único tesoro que tengo en este mundo.

DUQ. Y quién puede sorprendernos? Quién osaria llegar hasta nosotros, sin tropezar con la punta de mi espada? Necesito estar á tu lado: aspirar el aroma de tus virginales labios; beber tu puro aliento; gozar en fin de este ensueño embriagador, que aumenta mi ser, que lo adormece en un éstasis de gloria, jamás conocida para mí.

GIL. Abusais de mi debilidad, no siendo generoso, cuando os he confesado mi amor. No os conozco, caballero; ignoro vuestra fortuna, y esto me hace desconfiar de vos. Soy pobre aldeana, retirada del mundo, de sus placeres, y no debo aceptar el amor de un hombre á quien no conozco; de un noble, acaso, que no pudiendo estrechar un vínculo sagrado por la humildad de mi cuna, me finge amor para deshonrarme. Además, yo tengo un padre, á quien amo entrañablemente, sin cuyo consentimiento, este amor seria criminal. A él debísteis pedir mi mano, si vuestro amor es tan puro y verdadero como decís.

Duq. Pues bien; desecha ese vano temor, ídolo mio; no soy, como supones, un rico señor, un noble orgulloso. Soy hijo del pueblo como tú, y mi única fortuna es mi espada; Gualtero es mi nombre, é ignoraba que tuvieses un padre; habia observado entrar todas las noches, en tu casa, un hombre misterioso, y tuve celos. Ese hombre, acaso, hubiera sucumbido á los impulsos de mi corazon, si una voz secreta, mostrándome tu virtud, no me lo hubiera hecho respetar.

Gil. Ese hombre es mi padre.

Duq. Decidme su nombre; quiero llegar hasta él, confesarle nuestro amor...

Gil. No os lo debo ocultar; mi vida es un misterio, solo puedo deciros que se llama Rigoletto.

Duq. (No me engañaba!)

Gil. Os sorprende el nombre de mi padre?

Duq. No; estaba recordando... y en efecto... ese nombre me es desconocido.

Gil. Pues ya lo sabeis. Ahora, separémonos; si mi padre nos sorprendiese juntos, dudaria... (*Durante las últimas palabras, han ido llegando á la escena el conde Ceprano, Borsa, y Marullo encubiertos. Todos embozados con largas capas.*)

ESCENA IX.

El Duque y Gilda *en la casa;* El Conde Ceprano, Borsa y Marullo, *con los encubiertos, en la calle; á poco* Angela *que entra asustada.*

Bor. Esta es la casa.

Mar. Nada se oye.

Ang. Señora, señora!

Gil. Qué ocurre?

Ang. He sentido ruido en la calle.

Duq. (Si fuera él!)

Gil. Dios mio! Será mi padre! Cómo evitar que os vea? Estoy perdida.

Ang. Señor, ocultaos aquí; mi amo no penetra jamás en esta habitacion. (*El Duque entra por la puerta de la izquierda. Los embozados continuan hablando entre sí con misterio y vienen reconociendo el sitio.*)

Gil. Si me vé aquí!...

Ang. Tomad la luz, y entrad en vuestro aposento. Subid pronto. (*Angela entra por la misma puerta que el Duque; Gilda toma la luz, sube la escalera que está al fondo del patio, y atraviesa el terrado hasta entrar por la puerta de la izquierda, que está en él.*)

Con. No veis aquella luz?

Bor. Sin duda es ella, que se retira á su habitacion.

Con. Está la escala?

Bor. Aun no ha llegado Octavio, que la debe traer.

Con. (Al fin voy á vengarme, bufon maldito!)

(*Rigoletto aparece por la derecha, reconoce el sitio y al descubrir á los encubiertos se detiene.*)

ESCENA X.

Borsa, Marullo, el Conde, Rigoletto, *Encubiertos.*)

Rig. (Dios mio! Qué gente es esta? Si mi sospecha...

Bor. Echémosle de aquí. Es un estorbo.

Rig. (Se dirigen á mí!) Quién vá?

Con. (La voz de Rigoletto!)

Rig. (No responden!) Quien quiera que seais, hablad.

Bor. (Qué contratiempo! Es preciso engañarlo, y hacer que nos sirva.)

Mar. (No adivino...)

Bor. (Se me ocurre una idea! Dejadme...) Silencio Rigoletto!

Rig. (Dicen mi nombre!) Quién sois?

Bor. No temais, soy yo. Vuestro amigo Borsa.

Rig. En este sitio...

Bor. Silencio! Y si quereis ayudarnos...

Rig. Ayudaros?...

Bor. Sí.

Rig. Cómo?

Bor. Se trata de un rapto!

Rig. Un rapto!

Bor. Sí; conoceis ese palacio?

Rig. El del Conde Ceprano?

Bor. Y bien, no adivinais?

Rig. En verdad que no.

Bor. Oid; ya sabeis que el Duque...

Rig. Ama á la Condesa.

Bor. Pues bien; venimos á robarla.

Rig. Es posible? (Respiro!)

Bor. Sí; vos podeis ayudarnos.

Rig. Yo? Cómo?

Bor. Teniendo sujeta la escala.

Rig. Pero... si el Conde nos descubre....

Bor. Tenemos espada...

Rig. Nos conocerá!..

Bor. Al efecto nos cubriremos el rostro...

Rig. Pero yo...

Bor. Marullo?

Mar. Qué quieres?

Bor. Haced retirar á uno de esos hombres, y dadle su antifaz á Rigoletto. (*Lo ejecutan.*)

Rig. (No puedo evadirme! Mejor; así podre vigilar...)

Bor. La oscuridad nos es propicia...

Mar. Tomad. (*entregando á Rigoletto el antifaz.*)

Bor. Venid, Rigoletto, os lo colocaré!

(Pone el antifaz á Rigoletto; sin que él se aperciba le coloca un pañuelo que le cubre los ojos. Un embozado ha llegado con una escala: la coloca de modo que se pueda subir al terrado por donde antes se ocultó Gilda. Borsa toma una mano á Rigoletto, y lo lleva hácia donde está la escala.)

Bor. Ahora nosotros. (*haciéndole creer que se encubren.*) Venid.

Rig. Nada se distingue.

Bor. Ya os dige que la oscuridad nos favorecia.

Rig. En efecto.

Bor. Aqui está la escala.

Rig. Pobre Conde!

Bor. Es un tiburon celoso, y debemos darle esta leccion. Subid.

(Dice la última palabra á los embozados. Estos suben por la escala, penetran en la habitacion de Gilda, y á su tiempo aparecen: bajan la escalera que dá al patio, llevándola con violencia: la boca tapada con un pañuelo; ella se defiende: abren la puerta que dá á la calle, atraviesan la escena y desaparecen.)

Rig. Suben ya?

Bor. Silencio! (*Este al ver desaparecer de la escena á los encubiertos que conducen á Gilda, los sigue tambien, asi como Marullo y el Conde.*)

ESCENA XI.

Rigoletto *solo.*

Borsa!.. Borsa!.. No responde! Borsa!.. Nada se oye... Qué sospechas! (*Se arranca la máscara, tiende la vista y sospecha el engaño.*) Dios mio! No era en la casa del Conde! Era en la mia; me han vendido! Infames! (*llega á la puerta de la casa.*) Traicion! Traicion! (*reconoce el patio.*) Mísero de mí, que los he creido! Me la han robado! Gilda! hija mia! Nadie responde! Venganza! Venganza!

Sí, solo el puñal para los que me roban el tesoro mas apreciado de mi corazon. Oh! En Mántua se violan las leyes, se infama el honor de las doncellas, pero tambien hay puñales para sus viles infractores.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO II.

Salon en el palacio Ducal. Puerta en el fondo y laterales. Al levantarse el telon aparecen en la escena Borsa, Marullo y el Conde Ceprano, saliendo.

ESCENA PRIMERA.

BORSA, MARULLO *y el* CONDE.

BOR. Mucho habeis madrugado, querido Conde.

CON. La impaciencia no me ha dejado reposar un instante. El lance de esta noche... Qué habeis hecho? La presa se encuentra asegurada? Habeis visto al Duque?

BOR. Le hemos hallado en esta sala, aunque tan de mañana. Sabed que S. A. estaba oculto anoche, en la casa de nuestra aventura.

CON. Diablo! Y le habeis contado el lance?

BOR. Sin entrar en pormenores.

CON. Magnífico! Y el bufon?

BOR. No le hemos visto en palacio.

MAR. Desesperado tal vez, se habrá arrojado al rio...

CON. En cuanto á eso, os equivocais. Hace un momento le he visto cruzar las galerías, y al parecer tan de buen humor como siempre.

BOR. Es increible!

CON. Lo que os puedo asegurar es, que su saludo para conmigo, ha sido tan epigramático como de costumbre.

BOR. Ese demonio tentador, se ha propuesto acabar con nuestra paciencia.

CON. Pues lo que es esta vez...

BOR. Sin embargo, él ignora que vos érais uno de los del complot, y no es estraño que al veros haya querido disimular su mal humor.

MAR. Pronto saldremos de la duda, porque viene hácia aquí.

BOR. Lo veis? Su aspecto no es el mismo de siempre. Le veis cuán distraido?

ESCENA II.

Los mismos, y RIGOLETTO.

CON. (Teneis razon, no ha reparado en nosotros.)

MAR. (Está impaciente!)

BOR. (Vereis cómo le saco de su letargo.) Qué tal, Rigoletto? Parece que estais mudo. No teneis para nosotros, un chiste que nos haga reir?

RIG. Estábais ahí? Me alegro!

BOR. Acercaos, y decidnos qué tal os ha parecido la aventura de anoche. Já, já, já!

RIG. Lo que me ha parecido es, que sois un mal caballero.

BOR. Bufon!

CON. No le hagais caso; perdonad su indignacion.

BOR. Es que sus palabras...

RIG. Mis palabras hacen daño, porque siempre van acompañadas de la razon. Por eso me odiais vosotros, los opulentos cortesanos. Pero ya me habeis convertido; y el bufon, ese ser despreciable cuya mision era la de haceros reir, de hoy mas servirá para despreciaros. En cuanto á vos, bandido Borsa, si aun blasonais de caballero, os exijo una reparacion por la mancha que habeis estampado en mi rostro.

BOR. (Ved cuál se encoleriza!)

RIG. Qué, no respondeis? Teneis razon. No podeis cruzar vuestra espada ni vuestras palabras, con las del miserable corcobado, que Dios arrojó á este mundo solo para ludibrio vuestro. Pero se trata del honor de un hombre; se trata de una injuria conque habeis empañado mi rostro, y yo no puedo prescindir de los deberes que me impone. Me habeis arrebatado al único ser que endulzaba mi mísera existencia, y habeis abierto una herida profunda en mi corazon. Dónde está? Decídmelo, todavía os perdonaré... Pero no me lo direis, cobardes. Ni os batireis conmigo; lo sé bien. Mas tened entendido, que el puñal del bufon está bien afilado, y hará que se derrame vuestra sangre á torrentes.

BOR. Me amenazas!

RIG. No os amenazo. Pienso tan solo en cumplirlo, porque sois un bandido, el mas infame plebeyo, que solo así puede llamarse, al que hace escarnio de la virtud, y atropella la inocencia.

BOR. Já, já, já! Infeliz, está loco! La inocencia! La virtud! Já, já, já! Virtud é inocencia, en la manceba de un bufon! La que en las tinieblas de la noche, abre las puertas de su casa al ridículo jorobado?

RIG. Oh! esto es demasiado! Dios eterno! Por qué me abandonais en estos momentos? Estoy loco! Teneis razon, pero no me espongais á prueba tan tremenda! Os lo imploro de rodillas, con lágrimas en los ojos. Yo, que nunca comprendí lo que era humillacion, miradme á vuestros pies; vedme implorar vuestra clemencia; porque ese tesoro que me habeis arrebatado, es para mí todo en el mundo. Decidme dónde esta; dejádmela que repose entre mis brazos, único consuelo de mi desventurada existencia.

BOR. Já, já, já! Me dá compasion!

RIG. Si, teneis razon. Lástima, solo lástima os puedo causar! Vosotros teneis un corazon noble, y no querreis de ese modo asesinarme. Vos, Marullo, vos que siempre fuísteis bueno, compadeceos de mis lágrimas; y vos, Conde... Tampoco! Ninguno me escucha. Sordos á mis quejidos, permaneceis impávidos, destrozando de ese modo mi pobre corazon? Sois unos tigres feroces! Mas ya que no son bastante mis lágrimas para conmover esos pechos acerados; ya que no os conduele la humillacion en que me veis, yo os maldigo una y mil veces; yo, que juro hacer correr vuestra sangre á torrentes. Sí, reios, insensatos! Mofaos de mi dolor; haced conmigo como la hiena que arrebata del rebaño la inocente oveja, para devorarla; pero temblad; temblad de encontraros frente á frente conmigo, porque no comprendeis cuánta es la hiel que rebosa de mi corazon.

BOR. Y osas pedir clemencia, mísero esclavo de nuestros deseos? Tú, que nos has insultado cien veces; que has puesto en duda nuestro honor, acriminándole con mentidos hechos, solo dignos de tu invectiva y torpe proceder? Tú, bufon infernal! No, nuestros corazones no se conmueven á tus lamentos

Hemos arrebatado á tu querida, para deshonrarte, para hacerte sufrir las amarguras de una situacion humillante. Y ahora, quieres saber dónde está? Pues mira tras aquella puerta.

RIG. Mentís, eso no puede ser! Ella no está allí.

BOR. Sí, allí reposa tu desesperada amante, en los brazos de otro hombre.

RIG. Conque es cierto? Conque mis presentimientos eran una triste realidad? Ah! Dejadme ponetrar en esa habitacion. Dejadme llegar á ella, para ampararla, para defenderla de vuestras sangrientas garras... (*Rigoletto se arroja hácia la puerta de la izquierda; pero se interponen á su paso Borsa, Marullo y el Conde y le hacen retroceder.*) Dejadme, dejadme, por piedad! Yo os lo ruego otra vez, de rodillas!

BOR. No, bufon, no: queremos apurar los tormentos que te devoran.

RIG. Dejadme que entre, que la vea. Sois unos tiranos; no teneis alma, ó si la teneis, la habeis vendido al infierno.

BOR. Tu demencia te acusa, Rigoletto. Creéme; no intentes penetrar en esa habitacion, porque, si como dices, la amas, moririas de repente, sepultado en tu torpe error.

RIG. Imposible! Es pura, y habrá sabido defenderse, para no caer víctima de vuestra torpe infamia.

BOR. Vemos tu error, y no queremos insistir mas. Entra pues; la puerta está franca; pero te advierto, que tras ese dintel vas á encontrar á un hombre, y ese hombre es...

RIG. Acabad de atormentarme.

BOR. Ola! Parece que ya no defiendes su inocencia! Al fin te convences, de que esa mujer te fingia un amor, que nunca ha llegado á sentir por tí?

RIG. Mentira, mentira! Esa mujer ama á este pobre bufon, con mas vehemencia que vosotros os amais á vosotros mismos; es mas pura que la luz del sol; ni tampoco es mi querida, como torpemente habeis imaginado; esa mujer es mi hija.

LOS TRES. Su hija!!!

RIG. Gozaos ahora en mi desesperacion! Atormentadme si quereis; nada me importa. La maldicion de un padre caerá sobre vuestras cabezas, como ha caido sobre la mia. (*La voz de Gilda se deja escuchar dentro. Rigoletto se arroja sobre la puerta, que cede á su empuje.*)

GIL. (*dentro.*) Dejadme! Dejadme! Padre! Padre mio!

RIG. Esa voz! Gilda! Hija querida! (*entra en la habitacion.*)

BOR. Huyamos de aquí; esta escena ha de ser horrible!

MAR. Sí, salgamos. (*vanse los tres. Rigoletto sale conduciendo á Gilda de la mano.*)

ESCENA III.

RIGOLETTO *y* GILDA.

GIL. Padre mio, por qué me habeis abandonado?

RIG. Yo abandonarte, Gilda mia? Yo, que te amo mas que á mi vida? No: la fatalidad te ha conducido á este sitio. Pero ya nada temas, hija mia! Estoy á tu lado, y nadie osará llegar hasta nosotros. Si alguno se atreviese, tendria que hollar el cadáver de tu padre.

GIL. Cuán desgraciada he nacido!

RIG. Es verdad; pero aun puedes alzar tu frente pura; desafiar al mundo, que te ha querido profanar. Es verdad, hija mia, que eres tan pura como la luz del sol? Levanta los ojos, y mírame sin rubor.

GIL. Ah! (*tapando su rostro con las manos y arrojándose á sus piés.*)

RIG. Comprendo tu silencio. Estoy deshonrado! Pero dime, quién ha sido el infame, que ha osado profanarte? Dímelo, porque me siento con brios para beber gota á gota la sangre de sus venas.

GIL. No, padre mio, perdonadle; yo le amaba; era mi primer ensueño de amor...

RIG. Lo habia sospechado! Huye, hija ingrata, huye de mí. Tú, que has osado atentar al honor de tu padre, eres indigna de llamarte mi hija, no levantes la frente, eres criminal!...

GIL. Perdonadme, padre mio, perdonadme, como yo le perdono.

RIG. Luego tú, has sido su cómplice?...

GIL. Por Dios, padre mio, no aumenteis mi dolor; yo su cómplice!

RIG. Entonces, por qué solicitas su perdon?

GIL. Porque yo le amaba; se acercó á mí pintándome su amor, y diciéndome que era de humilde cuna, como yo... Todas las mañanas lo veia en el templo, cuando acudia á rogar á Dios por la felicidad de mi padre. Anoche se introdujo en casa, no sé como. Cuando le ví á mi lado, quise huir; pero ya no era posible; las puertas estaban cerradas. Como le amaba ciegamente, su presencia no me inspiró desconfianza. Me habló de su pasion, y lo creí. Cuando esto sucedia, Angela nos vino á anunciar, que habia sentido gente en la calle. Me estremecí, pensando fuéseis vos, y me retiré á mi aposento, y aquel hombre, que se apellidaba mi amante, se ocultó en el de Angela. Mas tarde, siento pasos cerca de mí; y creyendo fuese él, salgo á su encuentro, cuando dos hombres se apoderan de mí, tapan mi boca con un pañuelo, y á pesar de mi resistencia, me arrancan de aquel sitio; despues perdí el sentido. Cuando volví en mí, me encontré en un lugar desconocido! Pensé pedir auxilio; y cuando iba á verificarlo, el hombre que yo conocia, penetra en mi habitacion; despues...

RIG. Calla, no prosigas mas; ya sabia yo que no eras culpable. Pero yo te juro venganza!

GIL. Pero vos, padre mio, en este sitio... con ese trage...

RIG. Sí, tienes razon; tiempo es ya de revelarte el terrible arcano de tu existencia. Este sitio, es un palacio, y tu amante...

GIL. Acabad; yo tiemblo!

RIG. Es el Duque de Mántua.

GIL. Cielos! No es lo que yo habia pensado! Dios mio! La vergüenza, solo la vergüenza resta ya para mí, y la desesperacion para los dos. Pero ese secreto... acabad de una vez, padre mio; ese trage...

RIG. Este trage significa, que tu padre es un ser despreciable; que ha necesitado vestirlo, porque sin él no hubiera podido prodigarte sus beneficios.

GIL. Acabad.

RIG. Significa, hija mia, que soy el último, el mas degradado de los criados de tu infame seductor.

GIL. Ah!

RIG. Si, el mas despreciable! Soy...

GIL. Acabad.

RIG. El bufon de la Córte.

GIL. Vos!

RIG. He ahí el misterio de mi existencia. Una mujer pura como el primer reflejo de la aurora, separada de las necias vanidades del mundo, encontró en mí,

no el ser diforme y desnaturalizado, sino el hombre de corazon vírgen, y cometió el imperdonable crímen de amarme. Dios castigó tan desigual union, separándola de mi lado en los primeros años de su juventud, y cuando acababa de darte á luz. Viviendo, como vivia, en la mas humilde miseria, quise endulzar de algun modo tu existencia, y me separé de tí, para que jamás pudieras sospechar la deformidad de tu padre. Vine á Mántua, y entré en el servicio del Duque, donde he permanecido muchos años. Pero llegó un dia en que no podia vivir lejos de tí, y resolví traerte á mi lado. Ojalá nunca hubiera abrigado semejante pensamiento! Viniste hace tres meses, y desde entonces no vivo; un temor sobrenatural me impulsó á creer que estaba maldito de Dios, y mi temor se ha realizado. Llora, si, llora, fruto desgraciado de mi fatal amor; yo tambien he vivido llorando, y llorando moriré, porque no puedo soportar mis sufrimientos! Pero cuando exhale el último aliento, un recuerdo, hija mia, para tu desventurado padre, y el perdon por haberte hecho tan desgraciada.

Gil. Por piedad, padre mio, no acabeis de desgarrar mi alma. Vuestra deformidad, que tanto os asusta, solo me inspira amor, porque ella es la culpa de vuestra desgracia, y vuestra desgracia es la mia.. Yo os amo, padre mio, os amo, y he sido indigna de vuestro amor. Perdonadme, perdonad á esta desgraciada, que os lo suplica de rodillas.

Rig. Levanta, bien de mi alma; tus palabras derraman en mi corazon un ligero soplo de esperanza. Sí, hija, perdono el amor que te condujo al crímen, mas juro vengarte...

Gil. Desechad esa idea que os mortifica; huyamos de estos sitios. En la soledad de una aldea, al lado de vuestra querida hija, podeis encontrar la dulce calma, que por ella habeis perdido. Partiremos hoy mismo; el cielo sea nuestra compañía, y huyamos de los hombres, hasta tanto que Dios disponga de nosotros.

Rig. Huir! Crees tú que podria resignarme, llevando sobre mi frente la deshonra? No; necesito sangre! Vámonos de este sitio; aquí no se respira mas que infamia.

Gil. Sí; vamos pronto. (*El Duque aparece por la izquierda; Borsa y Marullo por la derecha. Los tres escuchan las ultimas palabras de Rigoletto.*)

Rig. En cuanto al infame que ha mancillado tu honra, ay! de él! Juro ante Dios, y por la memoria de tu madre, que su cuerpo caerá á mis piés.

(*Los tres prorumpen una irónica carcajada. Rigoletto repara en ellos, toma de una mano á su hija, y desaparece precipitadamente por el fondo.*)

Los tres. Já, já, já, já!

Rig. Me escuchaban! Miserables, caiga sobre vosotros y vuestros hijos, toda la infamia que habeis hecho recaer sobre mí.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO III.

Ribera desierta del Mincio. A la izquierda una casa de dos pisos, medio aruinada, en cuyo frente, que mira al espectador, se vé por unos grandes arcos, el interior de una hosteria, con una ventana que está en el primer piso y una escalera que conduce á una habitacion pobremente amueblada, dejándose ver por un balcon, un humilde lecho. En la fachada que mira al camino, una puerta que se abre por dentro: es de noche.

ESCENA PRIMERA.

Magdalena y Sparafusiles.

La primera en accion de arreglar los muebles desordenados de la Hostería. El segundo pensativo, sentado junto á una mesa.

Mag. Mala noche tenemos. La tormenta no está lejos, y el viento sopla que es un gusto.

Spa. Mejor; eso ayudará nuestro intento. De aquí al rio hay corta distancia, y con la oscuridad no es fácil que me puedan descubrir.

Mag. Ya, ya! Sabes, hermano, que semejante género de vida es insufrible! Siempre esperando la hora fatal, en que el brazo de la justicia haga espiar nuestros delitos!

Spa. Sabes, Magdalena, que te vas haciendo impertinente! Y sobre todo, cuando te acometen esos escrúpulos!... Tú has olvidado, que con este modo de vivir, vamos reuniendo un capital, que podrá mañana ponernos á salvo de cualquier persecucion? (*se oyen truenos.*) Anda, anda! Cómo se insinúa! La noche está á pedir de boca!

Mag. Escrúpulos! Tú todo lo encuentras llano como la palma de la mano, sin tener en cuenta las sospechas que ya se han despertado acerca de nosotros. No hace un mes que hemos sido interrogados por la justicia, para que declarásemos acerca de la aparicion en esta playa del cadáver del anciano Silvio, muerto á puñaladas por tí. Si llegasen á descubrirnos!..

Spa. No temas por eso: afortunadamente en Mántua hay lugar para nosotros, y se nos mira con respeto. La guerra que incesantemente se hacen los nobles unos á otros, les obliga á valerse de nuestro auxilio, con el que siempre triunfa el que mejor paga. Si llegásemos á ser descubiertos, no faltaria uno de esos mismos nobles que, por temor de una confesion imprudente, se encargase de salvar nuestras cabezas á todo trance. Olvidemos estas cosas, y vamos á nuestro asunto; vendrá ese hombre esta noche?

Mag. No faltará.

Spa. Has dicho que á las diez...

Mag. Sí.

Spa. El bufon llegará antes, y me pagará la mitad de la suma, segun hemos convenido. Ya sabes cual es tu deber; hacerle beber mas de lo que pueda resistir, y luego conducirlo arriba. Has preparado el licor, segun te tengo prevenido?

Mag. Sí; pero te aseguro que me dá lástima ese jóven. Es tan gallardo! Tan apuesto! Descubre un corazon tan apasionado, que si no fuera porque no me creo capaz de amar á ningun hombre, juraria que estoy enamorada de él...

Spa. Va! Déjate de tonterías! Ya sabes que no son de mi agrado; y te advierto, que si tienes la mas leve idea de salvarlo, no lo intentes; porque soy capaz...

Mag. En cuanto á que eres capaz de todo, lo sé por esperiencia; y si me he atrevido á hablar de él, con algun interés, no es por cierto con la esperanza de que tú lo salvases.

Spa. Diantre! Para bromas estamos! Un negocio tan bonito y echarlo así á perder! Voto al Chápiro, que

si me lo vuelves á insinuar, no queda aquí títere á mano que no vaya á tu cabeza! Y sabes que llego hasta á sospechar, que no vá á venir?

MAG. En cuanto á eso, descuida. Anoche, cuando hablé con él, mostró tal empeño en volverme á ver, que es casi imposible que deje de acudir á la cita.

SPA. Veremos. Entre tanto que yo me asomo á la puerta, y observo si viene el bufon, anda arriba, y prepara lo mejor posible la habitacion donde le hemos de hacer subir; ya te he dicho que no se trata de un cualquiera.

MAG. Conque es noble?

SPA. Sí; noble, y mas elevado de lo que te figuras.

MAG. Ya! Voy á poner en estado de recibirle la habitacion. (*Rigoletto aparece por la derecha; Magdalena sube á la habitacion alta, y Sparafusiles se asoma á la puerta que dá al camino.*)

SPA. Diablo, y como llueve.

ESCENA II.

SPARAFUSILES y RIGOLETTO.

SPA. (Aquí está mi hombre.) Entrad, la tormenta arrecia, y cae el agua á cántaros. (*Rigoletto entra en la hostería.*)

RIG. Vendrá?

SPA. Asi lo espero.

RIG. Estás seguro de que la punta de tu puñal no se resistirá al empuje de tu brazo?

SPA. Podeis dudarlo?

RIG. Es necesario no herrar el golpe, en cuyo caso peligrarian nuestras cabezas.

SPA. Si en eso consiste, dadlas por salvadas esta vez.

RIG. Ya sabes lo que has de hacer, envuelto en un saco...

SPA. Lo arrojamos al rio.

RIG. No, quiero arrojarle yo mismo.

SPA. Teneis desconfianza?

RIG. Tengo sed de sangre.

SPA. Entiendo.

RIG. A qué hora vendrá?

SPA. A las diez.

RIG. No deben tardar; son mas de las nueve y media.

SPA. En efecto.

RIG. A las diez, yo tambien estaré ahí fuera esperando.

SPA. Bien pensado.

RIG. Tienes seguridad de que él no sospecha?...

SPA. Ya os he dicho el medio de que me he valido.

RIG. Pero tu hermana...

SPA. Mi hermana hará cuanto yo la mande. Ademas, que ha sabido aprovechar mis lecciones, y no puede comprometerme.

RIG. A Dios pues; á las diez estaré esperando.

SPA. No habreis olvidado que el precio....

RIG. Qué?

SPA. Que la mitad...

RIG. Es anticipada; ya lo sé; tan luego como sepa que se halla aquí, puedes salir con cualquier pretesto, y te pagaré; me encontrarás en la última esquina, junto á la ribera...

SPA. Está bien.

RIG. Sé prudente, y á Dios.

SPA. Id con él. (*Rigoletto se cubre hasta los ojos con el embozo y desaparcee por el mismo lado que llegó; Magdalena abre el balcon de la habitacion alta, y luego baja por la escalera del frente.*)

ESCENA III.

MAGDALENA y SPARAFUSILES.

SPA. Lo has oido?

MAG. Todo.

SPA. Confio en tu astucia, para que no se nos escape la presa. (*Suenan las diez en reloj lejano.*) Son las diez; ya no debe tardar. (*El Duque, disfrazado y cubierto con una larga capa, aparece por el fondo. Se dirige á la puerta de la hosteria y llama. Llueve con fuerza.*)

MAG. Ya está ahí. (*Sparafusiles desenvaina su daga, y con mucha calma examina sus filos á la luz; lanza una significativa sonrisa de júbilo, y despues abre la puerta.*)

ESCENA IV.

Los mismos, y el DUQUE.

DUQ. Voto al infierno! Hostolero de todos los diablos, cómo se conoce que en esta habitacion no llueve! Tú aquí, mi linda aldeana? No te creia tan eficaz.

SPA. Qué tiene que mandarme el caballero?

DUQ. Necesito un cuarto, un par de jarros...

SPA. De qué vino quereis?

DUQ. Cualquiera me es igual.

SPA. Aquí teneis Siracusa. En cuanto al cuarto, ninguno mejor que este; si acomoda al señor...

DUQ. Convenidos. Sabes, mi linda desconocida, que hace una noche fatal, y que debes amarme mucho, para que te hayas atrevido á venir hasta aquí?...

SPA. Esto quiere decir, que yo por ahora estoy de mas. (*vase por la izquierda.*)

ESCENA V.

EL DUQUE y MAGDALENA.

MAG. En verdad que no os creia tan arriesgado en vuestras suposiciones. Vaya, señor, teneis unas cosas...

DUQ. Es que á no ser así, no concibo tu interés en no faltar.

MAG. Mi palabra!...

DUQ. En efecto, la has cumplido, como pudiera hacerlo un noble. (*Echa vino y bebe, poniendo un vaso á Magdalena que finge imitarlo.*) Pero ante todo, sepamos tu nombre, debe ser tan bonito como tu cara.

MAG. Adulador sois!

DUQ. Estoy enamorado.

MAG. Já, já, já!

DUQ. Te burlas?

MAG. En verdad, que quien se burla sois vos! Me haceis tan inocente, que creyese una verdad vuestro amor?

DUQ. Y por qué no? A tan hechiceros atractivos, el corazon del hombre no puede dominarse. Yo te amo, por mas que tú lo dudes.

MAG. Lo mismo decis á todas.

DUQ. No lo creas.

MAG. El oficio de los hombres es la galantería, y vos habeis adelantado mucho en él...

DUQ. Pero dime, cuál es tu nombre?

MAG. Me llamo Magdalena.

DUQ. Ves! Ya dije yo, que como tú, habia de ser hechicero.

MAG. Soy por ventura bruja?

Duq. Sí, hechicera, que internándose en mi pensamiento, ha trastornado mis sentidos.
Mag. Bebed, pues, y os refrescareis.
Duq. Lo haré contigo.
Mag. En cuanto á eso, dispensadme; no soy amante de ningun néctar.
Duq. Pero lo eres mio? (*bebiendo.*)
Mag. Creo que no.
Duq. Vá! Por fortuna, eso que dices no es cierto; si lo fuera!...
Mag. Qué haríais?
Duq. Me desesperaria horriblemente.
Mag. Quereis hacerme reir?
Duq. Quiero que des crédito á mis palabras.
Mag. No puedo.
Duq. Eres incrédula!
Mag. Soy pobre.
Duq. Y eso..?
Mag. Es que vos sereis rico.
Duq. Y has creido?...
Mag. He creido que sois noble, rico, y que os burlais de mí, fingiéndome un amor, que no siente vuestro corazon.
Duq. Escúchame. Mi nacimiento fué humilde; entré al servicio del Duque, y he llegado á capitan de sus guardias. Mi espada y mi amor, son las únicas riquezas que me acompañan.
Mag. Podrá ser así; pero leo en vuestros ojos, que me estais engañando. (Si fuera cierto, tal vez le amaria. Es tan hermoso!)
Duq. Sabes, Magdalena, que este vino es demasiado fuerte? (*bebe.*)
Mag. Mal cuadra esa observacion en boca de un soldado.
Duq. Tienes razon, y... voto á... que no has de decir de mí...
Mag. Es que si os causase daño...
Duq. Podrá suceder muy bien, porque te confieso, que mi cabeza no está del todo buena.
Mag. Esas son las impresiones de vuestro amor!..
Duq. Tal vez no te engañas.
Mag. En fin, para qué me habeis hecho venir aquí? Es muy tarde.
Duq. Te esperan?
Mag. Pudiera ser.
Duq. Tienes amante?
Mag. Soy tan fea?
Duq. Al contrario; imposible es que unos ojos tan divinos, no tengan otros en que mirarse.
Mag. Pues por fortuna no los tienen.
Duq. Entonces... quién puede echarte de menos?
Mag. No hay mas persona que un amante?...
Duq. Tu marido, quizás?
Mag. Quién sabe?
Duq. Eres casada? Debiera figurármelo, porque eres demasiado linda para estar desacomodada. Mira, es forzoso que nosotros nos arreglemos. (*bebe.*)
Mag. No bebais mas; ese vino os hace decir unas cosas...
Duq. Me crees tan débil? Mira... (*bebe otra vez, y en sus palabras se vá conociendo los efectos de la embriaguez.*) Pero acércate á mí. Mas; ven; siéntate á mi lado.

(Magdalena, á un descuido del Duque le vuelve á llenar el vaso; acerca á su lado el taburete donde se ha sentado; y se aproxima á la puerta de la izquierda, donde hace una señal, y se vuelve á sentar junto al Duque.)

Mag. Me quereis mas cerca?
Duq. No; escucha. (*Hablan entre sí: el Duque de vez en cuando lleva el vaso á sus labios y bebe. Aparecen por un lado del camino, Rigoletto y Gilda encubiertos: el primero con su capa, la segunda con su manto.*)

ESCENA VI.

Los dichos, Rigoletto *y* Gilda.

Rig. Conque es posible, hija mia, que asi desoigas la voz de tu padre?
Gil. Señor...
Rig. Es posible que tus lágrimas no se acaben de secar? No han sido suficientes tres meses, para arrancar de tu corazon ese infortunado amor, que vá haciéndose cada vez mas profundo?
Gil. Padre mio!
Rig. Le amas, sí, le amas, y no puedes ocultarlo á tu padre, que se consume en su desesperacion, esperando impaciente la hora de su terrible venganza. Olvida ese devaneo, y llora tu desgracia, ya que naciste tan infeliz, porque tu padre está maldito de Dios.
Gil. Quereis que olvide! Ah! señor! Vos tambien atravesásteis esa lozana juventud, en que el amor es el único goce del corazon, el que le dá vida. Yo amo á ese hombre, porque su voz me ha hecho sentir una emocion jamás conocida; le amo, porque no creo que me engañe, porque su corazon es mio.
Rig. Desgraciada! En vano mis palabras se esfuerzan á convencerte. Ese amor es imposible; he jurado matar á ese hombre...
Gil. No, padre mio, perdonadle si os ha ofendido; pero confiad en su amor, como yo confio.
Rig. Siempre pensando en él, y despreciando la voz de tu padre! Mísera de tí que llegará un instante, en que conociendo la falsedad de esa pasion, te arrepentirás en vano.
Gil. Es imposible!
Rig. Imposible! Y si te probase que te ha engañado, que el amor que le inspiraste fué un liviano deseo?
Gil. Por favor...
Rig. Vacilas! Tienes razon, pero puesto que es preciso, voy á probártelo. Para eso te he conducido á estos sitios.
Gil. No puede ser. Sus juramentos...
Rig. Y si lo vieses en los brazos de otra mujer, mas miserable que tú?
Gil. Entonces, lo maldeciria!
Rig. Quieres convencerte? Quieres recibir ese nuevo golpe?
Gil. Sí, quiero desengañarme de su traicion.
Rig. Por desgracia, vas á ser testigo de ello. Ven, arrímate á esa puerta, y escucha. (*Ambos se acercan á la puerta de la hostería y escuchan. El Duque, que ha sostenido un acalorado diálogo con Magdalena, se levanta en accion de abrazarla; esta huye de él, y lo escusa.*)
Duq. Déjame que te abrace.
Mag. Poco á poco, caballero; eso es atreverse demasiado.
Duq. No ves que yo te amo?
Gil. (Cielos! Su voz!)
Rig. Escucha.
Duq. Repara que mi amor...
Mag. En cuanto á vuestro amor, ya me lo habeis repetido un millon de veces...
Duq. Quien te habla es mi corazon.

MAG. Decid mas bien vuestro deseo. (*se vuelven á sentar.*)
DUQ. Te juro...
MAG. Hablad mas bajo. (*vuelven á hablar bajo.*)
GIL. Dios mio! Esta es una horrible realidad!
RIG. Y bien, hija mia? Vamos, valor!
GIL. El ingrato! Y yo que le amaba tanto!
RIG. Desconfias ahora de tu padre?... Dudas de él?.. Cuán injusta has sido!
GIL. Dios mio! Cuán tarde he conocido mi error!
RIG. Aun no lo es; aun puedes enmendar lo pasado; olvida ese amor que alimentaste en mal hora; olvídalo, y huyamos de Mántua, para no volver jamás. Luego que haya vengado nuestra honra, partiremos de aquí.
GIL. Padre mio, qué pensais hacer?
RIG. Pienso matarle.
GIL. Un crímen! No; y vuestra conciencia! Y la tranquilidad de vuestra hija? Yo le perdono; perdonadle vos tambien.
RIG. Aun le amas, desdichada! Es necesario que al momento te ausentes de Mántua; si una nueva traicion...
GIL. Pero...
RIG. Es indispensable; vé pues; toma un caballo y dinero; viste un trage varonil, y parte al momento para Verona; allí nos reuniremos mañana...
GIL. Pero...
RIG. Silencio! Soy tu padre; lo exijo; te lo mando! Parte de aquí sin vacilar. Le amarias mas que á tu padre?
GIL. No; me ha engañado, padre mio.
RIG. Pues bien, obedéceme.
GIL. Padre querido! (*se abrazan.*)
RIG. A Dios.
GIL. No venis conmigo?
RIG. Imposible!
GIL. A Dios. (*llorando.*)
RIG. A Dios. (Pobre víctima!)
GIL. (Si me habré engañado!)

ESCENA VII.

Los mismos, menos GILDA.

RIG. Ahora ya puedo ocuparme libremente de mi venganza. (*se acerca á escuchar á la puerta donde permanece algun tiempo; luego se retira hácia el fondo y pasea con impaciencia. A intérvalos se dejan ver algunos relámpagos precedidos de truenos. Llueve con fuerza.*)
DUQ. Conque me amas?
MAG. Sí; pero no seais atrevido.
DUQ. Calla! Qué luz es esa? (*por un relámpago.*)
MAG. Bien claro os lo dice ese ruido.
DUQ. Diablo! Está mala la noche! Pero á tu lado, qué me importa?
MAG. Qué, no os marchais?
DUQ. No, bella mia. La lluvia es mucha y la tormenta arrecia; y puesto que me hallo en tan buena compañía, no pienso marcharme tan pronto...
MAG. Pero aquí...
DUQ. Aquí se pasa perfectamente. Además, que si el tiempo no serenase, no faltará en esta casa donde pasar la noche.
MAG. Y permanecereis?...
DUQ. Lo dudas?
MAG. No quereis beber mas?
DUQ. Tienes razon. (*bebe.*) Hola, hostalero!

ESCENA VIII.

Dichos y SPARAFUSILES.

SPA. (Qué tal?) (*á Magdalena.*)
MAG. (Él mismo se entrega.)
SPA. (Ha bebido?)
MAG. (Lo bastante, para que no tarde en dormirse.)
SPA. Llamais, señor?
DUQ. Sí, ven.
SPA. En qué puedo serviros?
DUQ. Sabes que pienso no salir todavía?...
SPA. Y bien!...
DUQ. Que quisiera descansar un rato, y si tienes dónde...
SPA. (Ya es mio!) Aunque la cama no sea muy buena...
DUQ. Me estoy durmiendo. Ese maldito vino me ha trastornado...
SPA. Siracusa.
DUQ. Pues el tal Siracusa, es mas espirituoso de lo regular.
SPA. Quereis que os enseñe la habitacion?
DUQ. Sí.
SPA. Está en lo alto de la casa.
MAG. Preferis que os acompañe?
DUQ. Mejor me parece. Este hombre tiene un gesto...
SPA. (Ya ha perdido la razon; negocio redondo.)
MAG. Venid. (*Conduce al Duque por la escalera del foro.*)

ESCENA IX.

SPARAFUSILES *y* RIGOLETTO.

SPA. Magnífica noche, por mi vida! El cordero ha caido en las garras del tigre, y el tigre sabrá aprovecharse, asegurándole bien, para no dejar escapar su presa. Si todos los dias se presentasen negocios como este!.. Pero el bufon esperará impaciente. Veamos.
RIG. Qué impaciencia! Si la ocasion no fuera oportuna!

(Sparafusiles abre la puerta de la calle y sale: al verlo Rigoletto se acerca. Mientras hablan, por el balcon de la parte alta de la casa, se dejan ver al Duque y Magdalena; el primero se despoja de las armas y el sombrero; y la segunda arregla el lecho.)

ESCENA X.

SPARAFUSILES *y* RIGOLETTO *en el camino. El* DUQUE *y* MAGDALENA *en la habitacion alta.*

SPA. Sois vos?
RIG. El mismo.
SPA. Qué hago?
RIG. Te has olvidado?
SPA. No.
RIG. Estás seguro de no errar el golpe?
SPA. La presa está en mi mano, y solo espero vuestra órden.
RIG. Está todo dispuesto?
SPA. Todo.
RIG. El saco...
SPA. Ya os he dicho que nada falta. En este momento se entrega en brazos de Morfeo, rendido al magnífico efecto de un escelente licor, que le he hecho beber... y dentro de un cuarto de hora...
RIG. Está bien; solo falta que el impulso de tu brazo...
SPA. Y la mitad de la suma?

RIG. Aquí la teneis. (*le dá un bolsillo.*)
SPA. Magnífico!
RIG. Si me haces traicion...
SPA. No es ese mi oficio.
RIG. En tu palabra confio. Hasta dentro de un cuarto de hora.
SPA. Id tranquilo. (*Sparafusiles entra cerrando la puerta, y se oculta por la izquierda.*)

ESCENA XI.

Los mismos, escepto SPARAFUSILES.

RIG. Al fin vá á llegar el momento tan deseado! Al fin vá á resonar en su oido la voz de mi justa venganza! Mi honor quedará manchado, pero mi deshonra morirá con él. (*vase.*)

ESCENA XII.

GILDA *en traje de hombre.*

No puedo dar un paso. El temor que me agita... Por qué le amo tanto, Dios mio? Sin su amor hubiera vivido feliz en el mundo!.. Me ha engañado! Y sin embargo, el deseo de salvarle me arrastra á estos sitios. Cómo conseguirlo?... Débil criatura, cómo resistir al impulso de un puñal asesino! No sé que voz secreta me dice que mi presencia puede evitar su muerte. Tengo que resignarme á creer que su amor era fingido. Imposible! Pero, no le he visto? No he escuchado desprenderse de sus labios, las mismas palabras conque en un momento feliz, acariciaba mis ilusiones? Y sus palabras las escuchaba otra mujer, y esa mujer no era yo! No, no puede ser una amante. Será una meretriz, que le habrá conducido á un pasajero estravio! Él me ama! Es demasiado noble para engañarme! Ah! Padre mio! Cuán injusta soy contigo! Pero tú ignoras de de lo que es capaz una mujer que ama como yo. (*se acerca á la puerta.*) Nada se oye... Se habrá marchado?... Habré llegado tarde?.. Esta duda me asesina!.. Esta casa debe ser la morada de un bandido, donde su mala estrella le ha conducido esta noche. Mi padre sabia que se encontraba aquí; si será una trama? Observemos. (*Sparafusiles, seguido de Magdalena, aparecen en la hostería. El primero con un saco grande en la mano, que deja en una silla.*)

ESCENA XIII.

GILDA, *en el camino*; MAGDALENA y SPARAFUSILES *en la hostería.*

SPA. Ya te he dicho, que tu peticion es una quimera; que no desisto, y que tus súplicas me van amostazando.
MAG. Tienes un corazon de bronce!
GIL. (Es la voz de la mujer que antes se hallaba con él.)
SPA. Tengo el corazon, como debo tenerlo. Quieres te vuelva á repetir, que este negocio se me paga bien, y que no puedo desperdiciarlo? Cáspita! si me volviese atrás!
MAG. Conque estás decidido?
SPA. Estoy comprometido, y mi palabra es antes que todo. Además, ya he recibido la mitad del dinero; dentro de poco habremos concluido. El bufon espera impaciente á su víctima, y no debemos demorar... Toma; este saco será su mortaja; prepáralo del modo que ya sabes. (*Le entrega el saco y Magdalena lo arroja lejos de sí.*) Te opones? Pues juro á Dios que tu desobediencia...
MAG. No quiero que muera.
GIL. Dios mio, esa mujer es un ángel!
SPA. Vamos, Magdalena, no escites mi cólera; y ten presente, que si no matamos á ese hombre, tendremos que temer al bufon.
MAG. Eso puede remediarse.
SPA. Cómo?
MAG. Mata al bufon.
GIL. (Ah!)
SPA. Imposible! Todo menos hacer traicion á quien me paga. Además, que eso me haria perder la otra mitad de la suma.
MAG. Al contrario; puede producirte mas. Sin matar al bufon, tienes en tu poder la mitad del precio; matándole, podrás obtener la otra mitad, y no podrá vendernos.
SPA. No ves que eso seria una infamia!
MAG. Serán mis ruegos en vano?
SPA. O al menos, escusados; además, por qué manifiestas tanto interés?
MAG. Porque yo amo á ese jóven, hermano mio; porque su muerte jamás se borraria de mi imaginacion...
SPA. Conque le amas! Diablo! Lo único que podria hacer en tu obsequio es, puesto que he de entregar su víctima al bufon, que si antes de la hora convenida, se presentase algun viajero...
GIL. (Qué idea!)
MAG. Entiendo; le matarias, y colocarias su cadáver en su lugar. Sí, hermano mio; hagamos por salvarlo!
SPA. Ya te he dicho... Pero ante todo, mira si están bien cerradas las puertas. El tiempo va pasando, y la tormenta no se aleja; corre esa cortina. (*Magdalena cierra las ventanas que dan al frente del espectador y todo queda en el mas profundo silencio. La tormenta se siente mas cercana y los relámpagos alumbran la escena con brevedad.*)

ESCENA XIV.

GILDA *sola.*

Padre mio, perdona á tu hija! Sí, lo he oido bien; si antes de la hora señalada, ha dicho, se presentase algun viajero.... Ah! Se salvará! Dios mio! (*de rodillas.*) Perdonad este desgraciado amor, por el que le sacrifico mi vida! Qué me detiene? Entremos. (*Se dirige á la puerta de la hostería y dá golpes en ella. La puerta se abre, entra, y vuelve á cerrarse.*)

ESCENA XV.

RIGOLETTO *por el camino.*

Ya es la hora, y aun permanece cerrada aquella puerta. Empiezo á dudar de ese hombre! Si arrepentido de su promesa, no tuviese el suficiente valor... Si me engañase!.. Pero no; el asesino es cobarde; temerá ser descubierto... Oh! la duda tortura mi cerebro, y hace latir mi pecho con violencia... Tiemblo... y me estremezco!.. Valor, Rigoletto, valor. Confia en la misericordia divina. Ella te ha hecho instrumento de su venganza. Qué veo? La puerta se abre! No ha faltado á su palabra. (*Sparafusiles sale de la hostería, trayendo con Magdalena á Gilda, envuelta en el saco. Reconocen*

la escena, y persuadidos de que es Rigoletto el hombre que les espera, llegan á él.)

ESCENA XVI.

El mismo, SPARAFUSILES, MAGDALENA *y* GILDA.

SPA. Sois vos?
RIG. No temais, yo soy.
SPA. Acercaos...
RIG. Has cumplido...
SPA. Ved. (*sacando entre los dos el saco.*)
RIG. Oh! qué gozo! Una luz, una luz al momento.
SPA. No es preciso. El dinero.
RIG. Tomad. (*le entrega un bolsillo.*)
SPA. Le llevaré al rio?
RIG. No; ya te he dicho, que he de arrojarle yo mismo.
SPA. Entonces, ahí le teneis.
RIG. Colócalo aquí. (*Sparafusiles lo coloca en medio del teatro.*)
SPA. Negocio acabado; buenas noches. (*vanse y cierran la puerta.*)

ESCENA ULTIMA.

RIGOLETTO, GILDA.

RIG. Dios poderoso! Al fin has permitido que se realice la venganza que anhelaba mi pecho! Ahí está! Muerto! Cuánto placer siento al pronunciar esta palabra! Ayer, señor de tantos pueblos, y hoy reducido á la nada; y todo, por quién? Por este mísero bufon, á cuyos pies te ves humillado! Quiero verle! Quiero contemplar su rostro, para arrojar sobre él toda la hiel que rebosa mi pecho! Basta ya; sean las aguas de ese rio su sepulcro, y arrastren las ondas su inanimado cuerpo, hasta despedazarlo contra las duras peñas. (*Va á arrastrar el saco hácia la orilla, á tiempo que se oye la voz del Duque.*)
DUQ. (*dentro.*) A Dios, muchacha.
RIG. Esa voz!.. Sí, la conozco, es la suya! Si será una traicion? (*Se lanza á la puerta de la hostería y dá golpes.*) Nadie responde! Maldito bandido! Yo te juro... Pero ese saco... Veamos. (*Rasga el saco con la punta de su puñal.*) Es un hombre! (*La luz de un relámpago alumbra en este momento la escena.*) Gilda! Mi hija!.. Sí, es ella! Muerta! Cuando yo creia... Hija amada, habla, por favor. Dime que no estás muerta... Que todo es un sueño, una intriga para aterrarme! Gilda! Hija mia! (*Gilda, con voz desfallecida como quien despierta de un letargo.*)
GIL. Ah!
RIG. Respira! No está muerta! Hija amada!
GIL. Quién...
RIG. Yo soy... tu padre.
GIL. Padre mio!
RIG. Qué tienes, te han herido?
GIL. Si, aquí. (*señala al corazon.*)
RIG. Infames! Pero aun es tiempo, salvémosla.
GIL. Es imposible... no puedo... padre...
RIG. Qué? Habla; no temas.
GIL. Perdon, padre mio... soy culpable... le amaba... y muero por él...
RIG. Dios poderoso! Mi hija ha sucumbido, víctima de la venganza de su padre!
GIL. Padre mio, perdon... para él... muero... no puedo... mas... a...di...os... ah! (*espira.*) (*La tormenta se escucha con mas fuerza.*)
RIG. Gilda! Hija mia!... Responde... Oh! nada!.. Muerta!... Dios mio!... Caiga la maldicion sobre el infame! (*En este momento se abre la puerta de la hostería y aparece en ella el Duque. A la luz de un relámpago lo reconoce Rigoletto.*) Cielos! Ese hombre! Sí; él es. Venganza! (*Se arroja sobre él, y clava un puñal en su pecho. El Duque va á defenderse; pero le faltan las fuerzas y cae.*)
DUQ. Traicion! Ay!
RIG. Dios mio, la maldicion del Conde se ha cumplido! (*cae desfallecido sobre el cadáver de su hija.*)

FIN DEL DRAMA.

PINTO:
Imprenta de G. Alhambra, Monjas 8.
—
1865.